

## **Poemas de Jorge García Usta**



### **Balada de Teresa Dáger**

No hubo mujer bajo estos soles  
como Teresa Dáger:  
mitad cedro, mitad canoa.  
Era bella, inclusive, al despertarse  
y después de comer ese pobre trigo  
nativo.

En las esquinas, a su paso,  
hombres sudorosos  
interrumpían las liturgias del comercio  
y maldecían la muerte.

Era una forma ansiosa.  
Procedía de una furia vegetal.  
No la salvó tampoco su belleza.

Ahora, a los 80 años,  
a diferencia de otras que fueron feas y  
felices,

Teresa Dáger sueña sola en el piso quince,  
rodeada de zafiros derrotados.

Y solo piensa en ese arriero de Aleppo  
que el 7 de Agosto de 1925  
la miró con ganas y en silencio  
tres segundos antes que su padre  
la enviara al destierro de la trastienda.

Jorge García Usta

### **Arenga de las mujeres necesarias**

Ah, necesarias para vivir y morir, con sus aguas rezadas.  
Antes de llegar, ellas mojaban de cantos todos los asaltos,  
los días con sus cejas veloces,  
el mayor misterio con su gestión de penumbra.  
Anchas, siempre.  
Como de plaza o establo, como de río.  
Muchos deseos de noche a su tercer labio,  
besos mundiales a sus modos montunos.  
Vastas, siempre.  
Deidades de teta agreste y alma compañera.  
Con las espaldas caídas  
como tronos milenarios.  
Violentas para morir, en la cruz de los mercados.  
Y la salud de sus proverbios:  
bestias lentas exigiendo carne y viento.  
Buenas, siempre.  
Locas libres para hacer de los respiros  
otra conversación intensa,  
para portar el río en la mirada,  
ordenar los gastos de cielo,  
para fundar en el hombre último  
el primer niño.  
Necesarias.  
(a Carmelita Millán)

### Postdata para Fellini

No me digas que ahora no hay quien sople  
las canciones romanas en el descanso  
mientras el actor te mira como a un almanaque cesáreo  
y la actriz sueña con darte sus pezones alcanforados  
y la película corre como un venado  
por entre tus propios callejones de vidrio  
y la asamblea de periodistas alcanza  
a saber que eres un hombre con éxito y diarreas  
y tú haces crecer el mundo  
poniendo en una servilleta  
esos encuadres descomunales  
que parecen simples delirios de El Bosco  
gritos crepusculares de Dylan  
productos de la siesta sin guardianes  
o del prolongado bostezo frente a la plaza  
que nadie entiende mientras en otra parte  
la luz está encendida  
afuera los perros aúllan como lobos huérfanos  
las motocicletas pasan creyéndose proclamas modernas  
entonces la tía de grandes tetas se desnuda frente al espejo  
y de los castigados sostenes  
salen las tierras y las enfermedades y las guerras  
y por el ojo de la cerradura  
el niño mira cómo nace el mundo  
adivina el pasado  
y sesenta años después muere  
con el único ojo que le sirve al siglo  
pegado  
a esa cerradura.

*Jorge García Usta*

### **Del silencio**

Cuando ella puso la mano de él  
    en su sexo intacto  
y él usó su mano como quien roza  
    un fuego nunca prometido  
    Cuando ella lamió su ombligo  
con aquella sed súbita y antigua  
    y él vio brillar sus nalgas  
como una zanja de pedernal en la noche de la selva  
ambos supieron que sus abuelos tenían razón.  
La mayor pobreza está en las palabras

**Tu voz**

Tu voz que divide la lástima del aire,  
chorro de veras en el surtidor de la locura,  
ánima de discordias,

fruta obscena en la pila de las puras.

Tu voz, morral para el desterrado.

Tu voz, que forma corazas de inútil oro  
en el muro de la cocina, tu voz que agita  
el pesar de la yuca, tu voz que anima  
el lodazal y enciende las salas de recibo  
donde el gerente ignora al monstruo que lo custodia.

Tu voz que baila  
en la punta de los desaires,  
címbaro diagonal de nueve condenados,  
penacho de maíz flotando  
en la plaza moribunda,  
principio gemelo de mi mejor porción de almas.

Tu voz  
que sabe irse.

*Jorge García Usta*

**Fragmentos para agradecer  
la voz de Héctor Lavoe**  
Poema inédito

(A Circe Cruz y Adán Pérez)

Mirar por una ventana en Ponce  
la indefensa nada del aire  
esperando la llegada de la música  
y sus concéntricos tumores de pureza

mirar la luz que roza las casas de Ponce  
y mete el último sol taíno  
en la propia voz de El Jefe  
que es evangelio y sobremesa en los atracaderos

cuando por la calle sueñas tarros de desperdicio  
que son maracas fundadoras,  
tu abuelo enseña por igual décimas y trompadas  
y Ramito y Chuito, el de Bayamón,  
te mandan gratuitas las maromas del solfeo

mirar las formas del silbido  
las formas de la mueca  
las formas del hambre  
que abundan en los barrios de trapo y latón  
donde empacan a los cantantes  
para que pongan a rodar sus malacrianzas por el mundo

Porque un cantante es una malacrianza,  
una flecha contra el coro,  
un sol disponible,  
el índice de un payaso en medio del salón de oro

y lo más solo de todo lo solo

y lo más puro y sucio de cada tribu  
haciendo fila al anochecer  
para entrar a tu voz

Que viva el coro de la pernicia que sabe hablarle  
a la última boca roja del bar  
Porque al final del día, Héctor, iremos a mendigar al bar  
una nada de tu nada,  
para llegar a mañana y respirar en la esquina que quede

Adónde irás Héctor, ahora que todos  
aprendimos a cantarte  
y ya no puedes dejar de andar  
por diciembre como un espectro conyugal  
una brisa dolorosa  
un monstruo marino con la trompa enyesada

la gloria no son los bullicios de MTV  
ni el satín del videoclip en el suburbio de montaje  
ni las fanfarrias de primer plano  
en las danzas del vientre de producción en serie

la gloria es esa  
cuando un hombre con dos paquetes de farmacia  
en las manos entra a un bus y oye tu voz  
y se queda seco y solo  
y no necesita mirar a nadie ni nada  
pordiosero sumergido en su único y perpetuo triunfo  
de cuatro minutos novio súbito del alumbrado público  
y la respiración de las almohadas

y quiere que el bus no llegue nunca  
mientras tu voz morada y matutina  
distribuye el precipicio  
fija los pasos de la fe

*Jorge García Usta*

Yagé, ubre, ópalo,  
Por tu voz  
los niños manchan con sus babas rojas  
las escalinatas del templo,  
los bebedores renuncian a ser bravos unánimes  
y dejan caer las pestañas como quinceañeras,  
y los ventetú del sur del Bronx estrenan resplandor en las pupilas

Al anochecer, cuando caes,  
al amanecer, cuando caes,  
porque siempre estuviste cayendo  
en toda tu caída, por las fugas de tu suegra y de tu hijo,  
de emperador de pleamar con magnos dientes de nácar obispal  
a endriago tumefacto de costillas de tísico  
mordido por el abandono y la caries  
en la pocilga final

¡el último gnomo primordial con chaleco de pana  
y babero de lentejuelas  
y con su maravilloso corbatín de payaso  
enseñándonos el camino con su lelolay  
contra los vociferantes!

Héctor, disfrazado de todo lo que había que disfrazarse  
Nieto del Palladium y de la matica de mafafa  
buscando el nirvana de las islas  
disfrazado de mesero en el escenario,  
disfrazado de maleante en una canción con letra de pastor,  
disfrazado de leproso lamedor en la alcoba de la trigésima rubia

y Héctor,  
drogo ululante con la mano tendida  
niño bueno decapitado por la noche de la multitud,  
capaz de morir  
por la mirada de la última watusi de alisado pelo de matorral

y ojos de guajira

y Héctor otra vez niño bueno  
haciendo el arcoiris del continente  
con los crayones de su caída,

Por tu voz, el noble amante se vuelve nazareno  
en el centro del orgasmo,  
la lágrima puesta en la almohada es un aviso clasificado  
y el hijo del hombre comienza siempre cantando en las cantinas

Héctor Juan Pérez,  
hijo de Pachita la que cantaba en los entierros,  
y de Luis el que amansaba las guitarras,  
nacido en La Cantera, donde Ponce era tropel y guijarro,  
aprendiendo a no fracasar viendo fracasar  
en el Club Tropicoro de Nueva York,  
y ahora y para siempre Héctor Lavoe,  
el hermano de Priscilla,  
el que tuvo aquellos ocasionales ojos de puto victoriano,  
encontrando en su voz un cristal desconocido,  
y dispuesto a vivir de ese cristal tan frágil  
de su esternón tornasolado de canciller de los malandros,  
y de cada corrosivo negocio del alma  
cantado con sílabas perfectas

Héctor, más lejos que nunca  
de aquel décimo piso del hotel de El Condado,  
quién negará que tú, vestido de monaguillo,  
de cielorrasso o tío rico, dijiste nunca más a los impostores,  
a los profesionales del escándalo  
y tongoleles semestrales que solo querían tener porcelanas en la sala,  
y tú negaste a los generales,  
y dictaste el manual de bacán  
-el que sabe saborear de una y hasta el fondo

*Jorge García Usta*

el himno de la bicicleta y las nenas del aire-  
que insiste en su aguinaldo y su seis chorreo  
frente a las vitrinas de la Quinta Avenida

Héctor Lavoe,  
no te salgas de ningún diciembre,  
no dejes de aplaudir los cuerpos que santifican la madrugada,  
deja que la mugre proteja a su mendigo,  
deja que el mar saque por fin sus trombones sordomudos,  
deja que Willie Colón se encarnice con los pavorreales,  
y no permitas nunca que los ojos  
y las tetas de las mujeres puedan ser promesas del gobierno.

### Charanga postmortem

Después de mi muerte, quién dedicará una tarde  
a hablar de la grandeza de mi susurro propicio,  
de mi mirar para salir gritando  
las noticias olorosas, la música flotante,  
la palabra que encuentra su llaga en la floresta.  
A ti, olvidadizo, te di la noticia de los principios,  
a ti, altiva, te ofrecí la joya de mi mirar,  
y dentro de las caravanas, dije las palabras más precarias  
pero apunté al centro de la riqueza  
y reseñé las oscuridades y las llamas,  
pero no me refugié en el asco semanal  
ni sostuve a los augures cómodos.  
Quien hablará de mi manía nocturna  
de adivinar en las estrellas inermes  
alguna suave indicación del castigo futuro,  
de atender en el pubis amado  
la hoguera submarina, la categoría del liquen y la laca,  
y los documentos rizados de la borrasca.  
A ti, olvidadizo, te di mi mano como un océano,  
ingresé por ti en el partido de los suplicantes  
y nunca cerré las ventanas.  
A ti, altiva, busqué entre tus ojos la primera llamada  
y respeté tu forma de desplegar el silencio  
y de comer sola pero tributaria entre el pan de la multitud  
Quién recordará mi manera de leer en los ojos de las mujeres  
que pasan por la calle toda clase de anuncios sobre mi poquito de  
mundo,  
y en el desprecio precioso de sus nalgas,  
en el compañerismo de sus nalgas,  
en la teoría maciza de sus nalgas,  
el supremo veredicto sobre el estado de la tierra  
Quién dirá cómo sobaba la cabeza de mis hijos perplejos  
para entender mejor la muerte de mi madre,

Jorge García Usta

quién hablará de mi cuchara obsoleta,  
quién dirá cómo me enfrenté a los vociferantes,  
cómo besé la boca deseada  
y caí insultando las piedras sagradas,  
cómo ofrendé al traidor mi clamorosa mudez,  
y cómo nunca pude negociar con el coro,  
pero entendí en el mar la materia más limpia  
y estuve al lado de los compañeros  
poniendo las piedras para el camino,  
el precipicio, la herida mayor  
A ti, olvidadizo, te di las antesalas de mi muerte,  
no evalúes mi ritmo de mudo funámbulo,  
ni mi cuarto ojo sobre la espalda del tiempo  
A ti, altiva, te di la muerte justa, el instante de ya no verte,  
y cuando salí de ti, te elevé en la memoria de la colina  
Quién sabrá otra vez cómo miré a fondo el mar  
en octubre del 83 con tu mano en la mía  
y ya no pude ser el mismo.  
Quién me hará el favor último  
de hablar asombrado o celebrante  
de qué ridícula, dulce y estruendosa manera traté  
de ser hombre entre las mujeres y los hombres.

*Jorge García Usta* (Ciénaga de Oro, 1960-2005), hizo estudios de filosofía y letras en la Universidad Santo Tomás de Aquino y ha publicado numerosos trabajos de investigación literaria y periodística. Sus libros de poemas son *Noticias desde otra orilla* (1985), *El reino errante (poemas de la migración y el mundo árabes)* (1991), *Libro de las crónicas* (1989), *Monte adentro* (1992) y *La tribu interior* (1995).